



ALFREDO SANZOL

*Delicadas*



Esta obra se estrenó el 25 de junio de 2010 en el Teatro Poliorama con el siguiente equipo artístico:

**Director:** Alfredo Sanzol

**Autor:** Alfredo Sanzol

**Reperto:** Mamen Duch, Marta Pérez, Carme Pla, Albert Ribalta, Jordi Rico, Àgata Roca

**Escenografía y vestuario:** Alejandro Andújar

**Iluminación:** Albert Faura (A.A.I.)

**Sonido:** Roc Mateu

**Producción ejecutiva:** Daniel López-Orós

**Dirección técnica:** Judit Vidal

**Ayudante de dirección:** Eli Iranzo

**Jefa de producción:** Carmen Álvarez

**Ayudante de iluminación:** Carles Borràs

**Ayudante de sonido:** Roger Ábalos

**Caracterización:** Tito Monros y Karol Tornaria

DUNIASHA.— Me tiemblan las manos. Voy a desmayarme.

LOPAJIN.— Sí que eres delicada... Además, te vistes como si fueras una señorita. Y lo mismo te digo del peinado. Haces mal. Hay que saber estar en su sitio.

*El jardín de los cerezos*  
Antón Chéjov

*Para Guadalupe, Gervasia, Isabel, Filo, Trini y María Luisa  
porque no les dejaron ser delicadas*

PERSONAJES

Escenas/ Actores	Mamen Duch	Marta Pérez	Carmen Pla	Albert Ribalta	Jordi Rico	Ágata Roca
1. Alcohol y Nivea		Guada			Militar	
1.1. La que guar- da (A)						La que guarda
2. La rosa	La Señora	Luisa		El Señor	El Novio	La Novia
3. Cristo y cemento	Mujer2		Mujer1	Miliciano2	Miliciano1	
4. El Aviador						
5. El ratón	Hermana2	Amalia	Hermana1	Jacinto	Pepe	Angelines
6. Pedro y Pablo				Pedro	Pablo	
7. Las partes	Hermana2	Hermana3	Hermana4	Hermano2	Hermano1	Hermana1
8. Los intelectua- les	Mamá		La niñera	Papá		
9. Marga- rita			Uno			
10. Face- book		Hija		Papá		
11. La foto	Hermana1	Hermana3	Hermana2	Onésimo		Hortensia
12. La pintora	Pintora					Cliente
13. Sol			Mujer	Hombre		
14. Los platillos	Hermana3	Novia	Hermana1	Hermano	Músico	Hermana2
15. Abue- la mayor	Abuela				Nieto1	Nieto2

## CARTAPACIO

---

16. El Milagro	Cinco	Dos	Uno	Seis	Tres	Cuatro
17. Abuela joven	Abuela			Nieto		
18. La que guarda (B)		La que guarda				

1. ALCOHOL Y NIVEA  
*Una cocina. Int. Día*

GUADALUPE Y UN MILITAR

*(Oscuro. Oímos la caída silenciosa del agua sobre la tierra. Ilueve muy fino, y las gotas en los cristales resbalan con pereza. Amanece lentamente, con algún ladrido de perro, y los rayos de luz producen un absurdo y cristalino tintineo, parecido al que hacen las frágiles campanitas de un comercio macrobiótico. Aún en penumbra, aparece la silueta de una desolada banqueta, y detrás de ella un tenue resplandor naranja. Es la vela que ilumina los pasos de una mujer vestida con un largo camión blanco. Atraviesa la cocina ligera, pero sin prisa. Se tropieza con la banqueta, y dice: «Coña». La luz, con esfuerzo, sigue cogiendo espacio. La mujer vuelve con una palangana de hojalata. En el hombro una toalla pequeña, y de la muñeca cuelga una bolsita de tela que guarda una botella de alcohol de 96<sup>o</sup> y una lata de Nivea. Deja la bolsa en el suelo. Acerca la banqueta. Se sienta. Moja la toallita en la palangana y comienza un lento y meticuloso aseo. Primero la cara. Los ojos. Las orejas, detrás de las orejas. Las mejillas, el cuello y la nuca. Luego las axilas, los brazos y los antebrazos. Luego el pecho y la tripa. Oye pasos y no mira porque ya sabe quién es. Un MILITAR entra como si entrase en un templo. Se quita la gorra y en silencio espera. La mujer sigue con su aseo. Los pies. Cada dedo. Las pantorrillas y los muslos, y un poco más de tiempo en las rodillas porque están doloridas. Ahora coge el alcohol. Se lo da en las manos y comienza unas friegas firmes y rápidas que abarcan todo el cuerpo en sentido contrario.)*

GUADA.— Tú te bañas mucho.

*(En silencio se da el alcohol en los pies, en las pantorrillas, en los muslos.)*

GUADA.– No es bueno bañarse tanto.

*(En silencio se da alcohol en la tripa y en el pecho.)*

GUADA.– Bañarse tanto es malo. Reseca la piel. Me lo ha dicho el médico, y la hermana del cura.

*(En silencio se da alcohol en los brazos y en los antebrazos.)*

GUADA.– Tienes que bañarte menos.

*(Y sigue por el cuello, las mejillas...)*

GUADA.– Yo, todos los días, alcohol y nivea. ¿Ves? Poquito a poquito. Así. Por todo. Sin dejar nada. Es lo mejor.

*(Ahora comienza con la nivea... todo el cuerpo... No sabemos quién es él, pero ella no tiene pudor, y por ejemplo se da la nivea en el pecho, y entre los muslos, como si estuviese sola.)*

GUADA.– Bat, bi, hiru, lau, bost, sei, zazpi, zortzi, bederatzi, hamar, hamai, hamabi, hamahiru, hamalau, hamabost, hamasei, hamazazpi, hamazortzi, hemeretzi, hogeí, eh? Hasta veinte sé. ¡A desayunar hay que venir afeitado!

*(Guarda la nivea y el alcohol. Se lo lleva todo, menos la banqueta. Trae una mesa, una silla, una taza, una cuchara y una hogaza de pan. El hombre se sienta. Ella se va a por la leche. Sirve.)*

GUADA.– ¿Así?

MILITAR.– ¿Qué?

GUADA.– ¡Que si así está bien, o quieres más!

MILITAR.– Más.

GUADA.– ¡Si te echo más no podrás mojar el pan! ¡Bebe un poco!

*(El MILITAR se bebe casi la taza entera y GUADA echa más leche.)*

GUADA.– ¿Así?

MILITAR.— Sí.

(GUADA *sale con la leche. El MILITAR trocea el pan en el cuenco. GUADA vuelve, se sienta en la banqueta y comienza a peinar-se, con parsimonia.*)

MILITAR.— Ayer por la noche...

GUADA.— Ayer por la noche ¿qué?

MILITAR.— Que gracias.

GUADA.— Anda, anda, anda... Anda que sois idiotas los hombres. Idiotas.

(*Silencio.*)

GUADA.— ¡Ya puedes tener cuidado porque tú eres muy tonto!

MILITAR.— Es que había bebido un poquito.

GUADA.— Ya lo sé. Ya lo sé. ¿Qué te piensas, que soy idiota?

(*Silencio. El MILITAR acaba su desayuno. Se levanta con el cuenco para recoger.*)

GUADA.— No toques nada. Deja eso ahí. Que lo vas a romper.

(*El MILITAR se va llevando las cosas.*)

GUADA.— ¡Inútil!

## 1.1 LA QUE GUARDA (A) *Un jardín. Int. Día*

### LA QUE GUARDA

LA QUE GUARDA.— Guardo los botones. Guardo los retales. Guardo el hilo que me sobra en las agujas. Guardo las cuerdas de las cajas. Guardo las cajas. Guardo el papel de envolver regalos. Guardo los tornillos, las tuercas y los alambres. Guardo los cables de los aparatos viejos. Guardo las baldosas que han sobrado. Las maderas que han sobrado. Las macetas que se quedan sin planta. Guardo las camisas viejas para hacer trapos porque limpian muy bien los cristales. Guardo los

pantalones viejos para hacer trapos porque limpian muy bien el polvo. Guardo los trapos. Guardo las mejores galletas y los bombones para el día de la fiesta. Guardo los cordones de los zapatos para atar cosas. Guardo los frascos de colonia. Guardo las medias rotas para colar el café. Guardo las tarrinas de mantequilla. Guardo los vasos de yogur para plantar semillas. Guardo los clavos si no están oxidados. Guardo las botellas. Guardo las bolsas de plástico. Guardo las cuerdas de tender. Guardo las sábanas. Guardo los abrigos porque las modas siempre vuelven. Guardo el motor de la lavadora porque poniéndole una piedra viene muy bien para afilar cuchillos.

## 2. LA ROSA *Un jardín. Ext. Día*

LUISA, LA SEÑORA, EL SEÑOR, LA NOVIA Y EL NOVIO

LUISA.— Pero mírala, mírala qué bonita, que pensábamos que te habías muerto, y mira lo que ha tenido. Has tenido una hijita. Has tenido un bebé. ¿Sí o no? Has tenido un bebé. ¡Qué guapa! ¡Qué preciosa! Más bonitas que las de antes. Se lo dije a la señora: «El rosal parece que está muerto y no lo está. Está como en un letargo. Como los osos. Que parece que están muertos y no lo están». Y me dijo la señora: «Y a mí qué me importa. ¿Cuál es la diferencia entre que el rosal esté muerto y que parezca que está muerto? Yo lo que veo es que no tengo rosas, ni tengo nada. Tengo un palo pelado». Pero yo le dije a la señora: «Este rosal no está muerto y como las rosas de este rosal no las hay». Y me dice la señora, dice: «Eso es verdad». Claro que es verdad, ¿eh? Claro que es verdad. Mírala qué guapa. Qué guapa.

(LUISA *besa y acaricia la rosa. Llegan* LA SEÑORA, EL SEÑOR, EL NOVIO *y* LA NOVIA.)

LA SEÑORA.— ¡Pero cómo puede ser que no les guste bailar!

EL NOVIO.— Sí que nos gusta. Lo que pasa es que nos duelen los pies.

EL SEÑOR .— ¡Pero son ustedes muy jóvenes!

LA NOVIA.— Es que él tiene los pies planos.



EL NOVIO.— Y ella los tiene cavos.

LA NOVIA.— Yo los tengo cavos. Así. (*Haciendo el gesto con la palma de la mano.*)

Y entonces se me apoya todo el peso aquí.

LA SEÑORA.— ¡Qué me dice!

EL NOVIO.— Tenemos que usar plantillas.

EL SEÑOR.— (*A LA NOVIA.*) Usted los tiene planos.

LA NOVIA.— No, no. Yo los tengo cavos. Él los tiene planos.

EL NOVIO.— A ella se le ha descolgado el metatarso.

LA SEÑORA.— ¡Qué horror!

LA NOVIA.— A mí se me ha descolgado el metatarso.

LA SEÑORA.— Entonces claro, no pueden bailar.

EL SEÑOR.— Será un boda sin música.

LA SEÑORA.— ¡Qué boda tan triste!

LA NOVIA.— No, no, no. Habrá música. Habrá música. Lo que pasa es que nosotros bailaremos un poquito menos que los demás.

EL SEÑOR.— Ahora mismo les voy a dar el teléfono de un podólogo buenísimo.

EL NOVIO.— No, si ya... gracias. Ya tenemos uno. Vamos cada tres meses y al traumatólogo una vez al año.

EL SEÑOR.— Siempre con plantillas claro.

EL NOVIO.— Siempre, siempre.

LA SEÑORA.— ¿Y no te molestan los tacones cariño?

LA NOVIA.— Mucho.

LA SEÑORA.— ¡Qué lástima! ¡Luisa! Te voy a hacer un regalo.

(*Viene LUISA.*)

LUISA.— Señora.

LA SEÑORA.— ¿Ha visto que el rosal ha resucitado?

LUISA.— Sí, señora. Y qué rosa tan bonita ha sacado.

LA SEÑORA.— Tráeme las tijeras.

LUISA.— ¿La va usted a cortar?

LA SEÑORA.— Se la vamos a regalar a Begoña, que se casa la semana que viene.

LUISA.— Aún es muy pequeña.

LA SEÑORA.— Pues mejor, así se le abre en casa.

LA NOVIA.— Muchas gracias.

(LUISA *se va.*)

LA SEÑORA.— Es un rosal que nos creíamos que se había muerto y fíjate.

EL NOVIO.— ¡Qué bonita es!

EL SEÑOR.— A mi mujer le vuelven locas las plantas. Le vuelven loca.

LA NOVIA.— ¡Parece terciopelo!

(*La novia se agacha a tocarla.*)

LA SEÑORA.— Puedes tocarla. Con cuidadito. Ya verás.

LA NOVIA.— ¡Qué suave!

LA SEÑORA.— ¿Verdad? ¡Luisa, hija, ¿Qué haces?

LUISA.— (*Off.*) ¡Ya voy!

(*Entra LUISA apuntando con las tijeras hacia LA SEÑORA.*)

LUISA.— No las encontraba.

LA SEÑORA.— ¡Así no se dan las tijeras, ja ja ja!

(*LA SEÑORA coge las tijeras, corta la rosa, y se la da a La novia.*)

LA SEÑORA.— (*A LA NOVIA.*) Toma.

LA NOVIA.— Gracias.

(*LA SEÑORA le da las tijeras a LUISA.*)

LA SEÑORA.— Toma.

LA NOVIA.— Sí, muchas gracias.

EL SEÑOR.— (*Cogiendo al NOVIO por el hombro.*) Te voy a regalar un puro, que vas a ver. ¡Cubano! ¡Auténtico! ¡Te encantará!

LA NOVIA.— No fumamos.

EL NOVIO.— No. Sí. Un día es un día.

EL SEÑOR.— Dí que sí hombre. No te tragas el humo y ya está. ¡A los pies no creo que les haga daño!

(*Ríen el chiste como pueden.*)

LA SEÑORA.— Venid que os vamos a enseñar los frutales.

LA NOVIA.— Qué casa tan bonita.

LA SEÑORA.— Muchas gracias.

EL SEÑOR.— Mucho trabajo. Da mucho trabajo.

(LUISA *se queda sola con el rosal decapitado. Las tijeras en la mano. Lo mira incrédula y alucinada.*)

LUISA.— Te voy a regar un poquito.

### 3. CRISTO Y CEMENTO *Una habitación. Int. Día*

MUJER 1, MUJER 2, MILICIANO 1, MILICIANO 2

(MUJER 1 y MUJER 2 *cosen sentadas en sillas.*)

MUJER 1.— ¿Qué hora es?

MUJER 2.— Casi las seis.

MUJER 1.— ¿Lo quito?

MUJER 2.— Espérate a que llamen.

MUJER 1.— Si estarán al llegar.

MUJER 2.— Bueno, pues espérate a que llamen.

MUJER 1.— ¿Y para qué quieres esperar a que llamen? Lo quitamos ahora y ya está.

MUJER 2.— ¡Qué prisa tienes!

MUJER 1.— Prisa ninguna, pero habrá que quitarlo, ¿no?

MUJER 2.— Parece que a ti también te molesta.

MUJER 1.— ¿Y eso a qué viene?

MUJER 2.— Que ya lo quitaremos. ¿Y si no vienen? ¿Eh? Parecemos dos tontas quitando y poniendo el crucifijo.

(*Siguen cosiendo en silencio.*)

MUJER 2.— Me estás poniendo nerviosa.

MUJER 1.— ¿Yo? Tú sí que me estás poniendo nerviosa a mí.

MUJER 2.— ¿A ti te molesta el crucifijo?

MUJER 1.— A mí ni me molesta ni me deja de molestar. Es que tenemos que quitarlo y punto.

MUJER 2.— Yo, es que había pensado... que a ti, a lo mejor te gustaba la idea de no quitarlo.

MUJER 1.— ¿A mí? ¿Por qué?

MUJER 2.— ¿Te imaginas la cara que van a poner al verlo ahí colgado?

MUJER 1.— No van a poner ninguna cara porque no lo van a ver. ¿Tú qué quieres? Jugarte la vida por tener un Cristo colgado de la pared? Porque conmigo no cuentas. Y ya son las seis pasadas por lo menos.

*(La MUJER 1 se levanta y se va hacia el Cristo.)*

MUJER 2.— No vas a poder.

MUJER 1.— ¿No voy a poder, qué?

MUJER 2.— Quitarlo.

MUJER 1.— ¿Por qué?

MUJER 2.— Porque no vas a poder, que te lo estoy diciendo.

*(La MUJER 1 intenta descolgarlo.)*

MUJER 1.— No puedo quitarlo.

*(Intenta quitarlo.)*

MUJER 2.— (...)

MUJER 1.— ¿Qué has hecho aquí?

MUJER 2.— (...)

MUJER 1.— ¿Que qué has hecho aquí?

MUJER 2.— Lo he pegado con cemento.

MUJER 1.— ¿Con cemento? ¿Por qué?

MUJER 2.— Porque a mí no me dice nadie si tengo que poner o quitar un crucifijo.

MUJER 1.— ¿Y yo? *(Pausa.)* ¿Yo qué? ¿Cómo no me cuentas una cosa así?

MUJER 2.— ¿Te parece bien?

MUJER 1.— No. No me parece bien. Pero ¿cómo me va a parecer bien? Guarda, por favor, que van a estar aquí en cinco minutos. ¡Vamos a quitar esto!

MUJER 2.— No se puede.

MUJER 1.— Sí se puede. Con el martillo.

(*La MUJER 1 se va a por el martillo.*)

MUJER 1.– (*Off.*) ¿Dónde has puesto el martillo?

MUJER 2.– Yo no he tocado el martillo.

(*La MUJER 1 entra.*)

MUJER 1.– ¿Dónde está el martillo?

MUJER 2.– No lo sé.

MUJER 1.– Dímelo.

MUJER 2.– Que no lo sé.

(*Silencio. La MUJER 1 llora.*)

MUJER 1.– ¿Por qué eres así?

(*La MUJER 2 llora.*)

MUJER 2.– No te puedo dar el martillo.

MUJER 1.– ¡Por favor!

MUJER 2.– No.

(*Silencio. Se secan las lágrimas con pañuelos que llevan en las mangas.*)

MUJER 2.– Si te da miedo estar aquí, no me importa que te vayas.

MUJER 1.– ¿Y tú? Aquí. ¿Te vas a quedar sola? ¿Con esa bestia? ¿Cómo te voy a dejar sola? ¿Quién te crees que soy? ¿Eh? ¡Soy tu hermana! ¿Vale? Ahora. Esto te digo. Lo que estás haciendo te va a pesar en la conciencia toda tu vida.

(*Llaman a la puerta.*)

MUJER 1.– Toda tu vida.

(*Vuelven a llamar.*)

MILICIANO 1.– ¡Soy yo!

MUJER 2.– ¡Ya voy!

*(La MUJER 2 va a abrir. Entra el MILICIANO 1 con el MILICIANO 2.)*

MILICIANO 1.— Cuanta más prisa tiene uno más tontas o ponéis. ¿Estabais en pelotas o qué?

*(Los MILICIANOS se ríen. El MILICIANO 2 trae dos sacas. Una para las camisas y otra para los pantalones. La MUJER 1 se pone a doblar los pantalones.)*

MILICIANO 1.— ¿Qué haces?

MUJER 1.— Doblar los pantalones.

MILICIANO 1.— ¿Vosotras estáis sordas? No te estoy diciendo que voy tarde. Venga, mete eso ahí y vámonos.

*(El MILICIANO 2 y la MUJER 1 meten la ropa en las sacas. El MILICIANO 1 mira cómo trabaja la MUJER 1.)*

MILICIANO 1.— A ti te gusta bailar, ¿no?

MUJER 1.— Vaya.

MILICIANO 1.— Ya se te nota. Que tienes buen culo. Y además te he visto por el Arriaga. *(A la MUJER 2.)* ¿Y tú que andas tan silenciosa? ¿No estarás rezando?

MUJER 2.— No.

MILICIANO 1.— Es que estas son un par de beatas, ¿sabes? Que les gustan los curitas, ahí en el confesionario, ¿eh? Algún día vengo con sotana oye, que a lo mejor os hago más gracia que así.

MILICIANO 2.— Esto ya está.

MILICIANO 1.— Pues hala. ¿Qué se os debe?

MUJER 1.— Seis pesetas.

MILICIANO 1.— ¿Cuánto?

MUJER 1.— Seis pesetas.

*(El MILICIANO 1 cuenta seis pesetas y se las da a la MUJER 1. El MILICIANO 2 coge las sacas.)*

MILICIANO 1.— Pues hasta la semana que viene.

*(El MILICIANO 1 descubre el Cristo.)*

MILICIANO 1.- ¡Qué es eso? ¡¡Qué, qué es eso?!

*(El MILICIANO 2 se para. Las dos MUJERES miran al suelo.)*

MILICIANO 2.- ¡Lo descuelgo?

MILICIANO 1.- Tú tira para fuera.

*(El MILICIANO 2 sale con las sacas.)*

MILICIANO 1.- ¡Qué os había dicho de esa mierda? ¡¡Que qué os había dicho de esa mierda, me cago en Dios!!

*(Silencio. La MUJER 2 levanta un poquito la cabeza. La MUJER 1 solloza, pero no puede consentir que se le note. Silencio.)*

MILICIANO 1.- Qué bestias sois. Qué bestias.

*(El MILICIANO 1 se va. Se quedan las dos calladas.)*

MUJER 2.- No ha hecho ni acercarse a quitarlo. Tanto trabajo para que luego ni lo haya tocado. Tantos nervios para nada.

*(La MUJER 1 se arregla un poco el pelo. Se quita la bata y se pone zapatos.)*

MUJER 2.- Tanto cemento para nada.

MUJER 1.- Hoy no duermo aquí. Y mañana ya hablaremos. Que descanses.

MUJER 2.- ¡Dónde vas?

MUJER 1.- A bailar.

#### 4. EL AVIADOR *Jardín. Ext. Día*

HORTENSIA Y EL AVIADOR

*(Se aproxima el ruidoso zumbido del motor de un biplano. HORTENSIA sale a ver qué pasa. El avión aparece en el cielo y cruza el horizonte como un abejerro zángano y algo despistado. HORTENSIA lo sigue con la vista, y ve incrédula como*

*el avión aterriza cerca de casa, y mucho más incrédula descubre que EL AVIADOR se baja del avión y se dirige hacia ella...)*

EL AVIADOR.— Buenos días.

HORTENSIA.— Buenos días.

EL AVIADOR.— ¿Sería tan amable de darme un vasito de agua?

HORTENSIA.— Claro.

*(HORTENSIA se va a por el agua, pero justo antes de salir se vuelve.)*

HORTENSIA.— Si quiere le traigo el botijo.

EL AVIADOR.— Ah, estupendo.

*(HORTENSIA se va a por el botijo. EL AVIADOR espera. Vuelve HORTENSIA. EL AVIADOR se acerca para coger el botijo.)*

EL AVIADOR.— Muchas gracias.

HORTENSIA.— De nada.

*(EL AVIADOR, levantando mucho el chorro, bebe. Y bebe mucho.)*

EL AVIADOR.— Qué rica. Le voy a dar otro traguito.

HORTENSIA.— Beba toda la que quiera.

*(EL AVIADOR vuelve a beber mucho. Muchísimo.)*

EL AVIADOR.— Sí que tenía sed. *(Se ríe satisfecho.)* Bueno... ¿Le apetece a usted venirse conmigo?

HORTENSIA.— A dónde.

EL AVIADOR.— A volar. Al cielo. Este avión es biplaza. Yo soy el primer aviador que cruza España de Cádiz a Barcelona sin parar.

HORTENSIA.— Ya se ha parado.

EL AVIADOR.— ¿Qué?

HORTENSIA.— Que ya se ha parado.

EL AVIADOR.— Sí. Bueno. Estaba muerto de sed. Y además, esto, si usted no ve inconveniente, puede quedar entre nosotros.

HORTENSIA.— Por mí no se preocupe.

EL AVIADOR.— Muchas gracias. Entonces, qué ¿se viene conmigo?



HORTENSIA.— Si salió de Cádiz solo y llegamos los dos a Barcelona se van a dar cuenta de que ha parado.

EL AVIADOR.— En Barcelona no habrá nadie de los que estaban en Cádiz.

HORTENSIA.— Pero se mandarían telegramas.

EL AVIADOR.— Eso sí.

*(Silencio.)*

EL AVIADOR.— ¿Por qué no se monta en el avión y ya de camino nos pensamos alguna excusa?

HORTENSIA.— ¿Y por qué no continúa usted tranquilamente, y después de llegar a Barcelona, y de hacer todo lo que tenga que hacer, se vuelve hacia aquí, y viene a buscarme?

EL AVIADOR.— También puede ser.

*(Silencio. HORTENSIA llora y sonrío al mismo tiempo.)*

EL AVIADOR.— No llore.

HORTENSIA.— Es que tengo muy mala suerte.

EL AVIADOR.— Pues no se preocupe, que eso va a cambiar. Me llamo Felipe Lekumberri.

HORTENSIA.— Hortensia Ferrús.

*(Se dan la mano.)*

EL AVIADOR.— Le escribiré. Le escribiré. ¿Me puedo llevar el botijo para el viaje?

HORTENSIA.— Sí.

EL AVIADOR.— Hasta pronto.

HORTENSIA.— Adiós.

*(Se oye una explosión lejana.)*

EL AVIADOR.— ¿Qué ha sido eso?

HORTENSIA.— Debe ser la guerra.

5. EL RATÓN  
*En la sala. Int. Día*

AMALIA, ANGELINES, HERMANA 1, HERMANA 2, PEPE Y JACINTO

ANGELINES.– ¿Qué me estás contando? No. Ni de broma. ¿Tú sabes lo que me estás pidiendo?

AMALIA.– (...)

ANGELINES.– ¿Y si Jacinto se entera?

AMALIA.– Jacinto no se va a enterar.

ANGELINES.– Si Jacinto se entera le mete una paliza a Pepe que le deja con la cabeza del revés.

AMALIA.– Que te digo yo que Jacinto no se entera.

ANGELINES.– ¿Quién más lo sabe?

AMALIA.– Estas dos y yo.

ANGELINES.– Demasiada gente. Que no.

*(Silencio.)*

ANGELINES.– ¿Ahora dónde está Jacinto?

AMALIA.– Hoy duerme en Vitoria.

ANGELINES.– En Vitoria. Entonces habría que hacerlo esta noche, ¿no?

AMALIA.– Esta noche sería perfecto.

ANGELINES.– No lo sé, Amalia, no lo sé. Jacinto es muy orgulloso, y si se llega a enterar de que Pepe ha pasado a vuestra casa y ha matado el ratón... se puede armar la de Dios.

AMALIA.– Ya lo sé, ya.

ANGELINES.– La de Dios. *(Pausa.)* Jacinto es muy orgulloso, Amalia. Muy orgulloso. Muy orgulloso. Si no te deja que llames a una empresa o al Ayuntamiento... imagínate como se puede poner si se entera de que ha pasado su vecino, a matar su ratón. Que Jacinto es muy bestia Amalia.

AMALIA.– Ya lo sé.

ANGELINES.– Yo creo que es mejor que le des otra oportunidad a Jacinto y ya vas a ver como consigue matar el ratón.

AMALIA.– Jacinto es muy torpe, Angelines. Hemos intentado de todo, y no hay manera. Nosotras nos vamos a volver locas. Nos encontramos al ratón en la cocina, entre la ropa, en los cajones, se atreve con todo. No

dormimos, Angelines, porque de noche lo oímos correr por el pasillo. Habla con Pepe, por favor, Angelines, habla con Pepe, ayúdanos, que Pepe lo mata en un segundo, si llamo a una empresa Jacinto se va a enterar, pero si Pepe entra esta noche, lo mata y Jacinto no lo sabrá nunca. Nosotras lo hemos intentado, pero no podemos, yo veo saltar al ratón y me dan ataques de nervios. No hemos podido ni con ratoneras, ni pegamento, ni veneno, ni nada. Angelines, por favor, ten piedad de nosotras. Habla con Pepe para que mate al ratón. Habla con Pepe, por favor, te lo suplico. Yo te juro que Jacinto no se va a enterar nunca. Antes prefiero morirme a que Jacinto le haga daño a Pepe, por favor. Pídele a Pepe el favor, por favor te lo pido.

*(Entra PEPE. Silencio.)*

PEPE.— Buenas noches.

AMALIA.— Hola Pepe.

ANGELINES.— ¡Pepe!

PEPE.— ¿Qué favor me tienes que pedir tú, a mí?

AMALIA.— Pepe escúchame.

PEPE.— Déjale a ella que me lo cuente, si no te importa.

AMALIA.— Tenemos un ratón en casa desde hace dos meses y no hay manera de matarlo. Jacinto no quiere que entre nadie en casa a matarlo porque se le ha puesto entre ceja y ceja que tiene que ser él. Pero él no lo consigue, y nosotras nos vamos a volver locas.

PEPE.— ¿Y tú quieres que entre a tu casa a matar al ratón?

AMALIA.— Sí.

PEPE.— Normal. ¿Y cuál es el problema?

ANGELINES.— ¿Cuál es el problema? ¿Cuál va a ser el problema cabeza de chorlito? ¿Cuál va a ser el problema?

PEPE.— Jacinto no es ningún problema. Vamos a ver. Yo entro a tu casa. Mato el ratón, y yo mañana, con los hechos consumados, hablo con Jacinto, de hombre a hombre, y aquí no ha pasado nada. ¿Estamos? Yo entiendo que Jacinto tenga su orgullo como lo tengo yo, pero aquí no estamos hablando del orgullo de un hombre. Estamos hablando de la felicidad de unas mujeres.

ANGELINES.— Pepe, mira bien lo que dices que vienes del bar.

PEPE.— ¿Y qué?

ANGELINES.— Que llevas muchos botellines.

PEPE.— ¡La cerveza no emborracha!

ANGELINES.— ¡Leches!

PEPE.— Lo importante es que el vecindario no nos vea. Ni nos oiga. Ahora vamos a casa. Cerramos las ventanas y os ponéis a hacer la cena para que al ratón (*se toca la nariz*) ¿eh?, le entren ganas de salir. Y esto os lo soluciono yo en un santiamén.

AMALIA.— Gracias, Pepe. Muchas gracias.

PEPE.— No las merece.

ANGELINES.— Yo voy contigo.

PEPE.— Tú no haces falta.

ANGELINES.— ¡Que yo voy contigo!

PEPE.— ¡Pues tráeme el tirachinas y las canicas que están en la caja de herramientas!

*(Ya están en la casa de AMALIA. PEPE apunta con su tirachinas. Todas detrás de él conteniendo la respiración. AMALIA tiene una escoba.)*

PEPE.— (*Susurrando.*) ¿Qué habéis cocinado?

AMALIA.— Sopa de fideos con avecrem.

PEPE.— Eso no tiene ninguna sustancia.

AMALIA.— Tengo morcilla de Burgos.

PEPE.— Mucho mejor.

AMALIA.— (*A una de las HERMANAS.*) Fríe un buen trozo de morcilla.

*(Una de las HERMANAS sale. Se oye el repiqueteo del aceite.)*

PEPE.— ¡Qué bien huele! No hay comparación. (*Ve algo.*) ¡Quietas!

*(PEPE apunta.)*

PEPE.— Ahí está.

*(PEPE dispara. Se oye el chillido del ratón.)*

AMALIA.— ¡Le has dado!

PEPE.— ¡Remátalo! ¡Remátalo!

*(AMALIA se va con la escoba a por el ratón y se ensaña. Ríe, grita, grita, ríe. Las*

HERMANAS aplauden y vitorean a PEPE. AMALIA da golpes tan fuertes sobre el ratón que acaba rompiendo el palo de la cocoba.)

PEPE.— Bueno, bueno, venga, dame, dame eso.

(AMALIA romántica llora en el hombro del hombre que mató al dragón. ANGELINES mira. Llega JACINTO. La primera que lo ve es AMALIA. Las HERMANAS se van callando. Cuando ANGELINES descubre a JACINTO se desmaya.)

JACINTO.— ¡Angelines! ¡Angelines! ¡Traed agua! ¡Ponle las piernas en alto!

(JACINTO da palmaditas en las mejillas de ANGELINES).

JACINTO.— Angelines, ¿me oyes? ¿Me oyes? ¡Abrid las ventanas, coño! Angelines.

(ANGELINES se recupera.)

ANGELINES.— ¡No lo mates! No lo mates por favor. No lo mates. Yo tengo la culpa por haberle dejado pasar. No lo mates. Mátame a mí. A él no, por favor, por favor.

JACINTO.— Tranquila, tranquila, bueno, bueno. Aquí nadie va a matar a nadie. Venga. ¿Estás mejor?

PEPE.— Jacinto. Tengo que hablar contigo.

JACINTO.— ¿Dónde está?

(Pausa.)

JACINTO.— ¡Que dónde está el ratón, coño!

AMALIA.— Allí.

(JACINTO se acerca al cadáver. Lo mira durante un rato.)

JACINTO.— (A PEPE.) ¿Lo has matado tú?

PEPE.— Sí.

JACINTO.— (Señalando al tirachinas.) ¿Con eso?

PEPE.— Sí.

JACINTO.— Payaso.

(PEPE *agacha la cabeza. Silencio.*)

JACINTO.—Muerto entre mis piernas / muerto / como un pellejo / como una mancha / tus huesos buscan entre tus huesos un lugar lógico. / Solo un día te dejé solo / y fue suficiente. / Bolas negras del firmamento que poco os costó llegar de tan lejos. / Adiós, Leandro. / Adiós.

(JACINTO *saca su pañuelo blanquísimo, lo echa sobre el suelo. Envuelve el cadáver y se va.*)

## 6. PEDRO Y PABLO

### *Puerta de casa. Ext. Día*

PEDRO Y PABLO

PEDRO.— ¿Sabes cómo nos llaman en el barrio?

PABLO.— Ya he oído ya.

PEDRO.— Los Picapiedra.

PABLO.— Pero no lo entiendo. No sé qué es eso.

PEDRO.— Son unos dibujos de la tele.

PABLO.— ¿Y por qué nos llaman así?

PEDRO.— Porque los dibujos también se llaman Pedro y Pablo.

PABLO.— Ah.

PEDRO.— Y están siempre juntos.

PABLO.— ¿Son amigos?

PEDRO.— Pues se ve que sí.

(*Pausa.*)

PEDRO.— A mí me da igual cómo nos llamen. También nos llaman Epi y Blas.

PABLO.— ¿Qué es eso?

PEDRO.— Unos muñecos.

PABLO.— ¿De la tele?

PEDRO.— Sí.

PABLO.— Pero esos no se llaman como nosotros.

PEDRO.— Pero también están siempre juntos.

PABLO.— ¡También son amigos?

PEDRO.— Sí. También nos llaman Starsky y Hutch, Batman y Robin, el Dúo Dinámico y Ramón y Cajal.

*(Silencio.)*

PABLO.— ¿A ti te da vergüenza salir a pasear conmigo?

PEDRO.— ¿A mí? No.

PABLO.— Yo me lo paso bien.

PEDRO.— Y yo.

PABLO.— La gente habla mucho.

PEDRO.— La gente es muy hija puta.

PABLO.— Y tanto.

PEDRO.— Muy hija puta.

PABLO.— Ahora. Como oiga a alguno decir que somos... ya sabes.

PEDRO.— Le quebramos la cabeza. A mí lo que me gusta de pasear contigo es que eres «callao».

PABLO.— Para qué vas a estar todo el día hablando y hablando.

PEDRO.— Eso digo yo.

*(Pausa.)*

PEDRO.— ¿Urbano no tenía una hermana que era muda?

PABLO.— Sí. La muda.

PEDRO.— Y sigue en el pueblo, o...

PABLO.— No. Se vino a Bilbao. Está con ellos. En la pastelería.

PEDRO.— ¿Tú sabes como se llama?

PABLO.— No. «La muda», «la muda». Como todo el mundo le decía «la muda», pues «la muda».

PEDRO.— Ya podrías ir a verla alguna tarde...

*(Pausa.)*

PABLO.— ¿Y por qué no vas tú?

PEDRO.— Tu tenías más trato con ella.

PABLO.— Pero de críos.

PEDRO.— Cuando no le juntaban las otras chicas.

PABLO.— La pobre. (*Pauwa.*) Una vez fuimos al río.

PEDRO.— ¡Ah sí?

(*Pauwa.*)

PEDRO.— Pues ya podrías ir a verla alguna tarde. Y así, podríamos pasear los tres.

(*Pauwa.*)

PABLO.— Bueno, pues ya iré. Ya iré. Qué hija puta es la gente. Las cosas que te hacen hacer.

PEDRO.— Y así paseamos los tres.

PABLO.— Que sí, joder, que sí.

PEDRO.— ¡Nos vamos?

PABLO.— Se está nublando.

PEDRO.— Voy a coger un paraguas.

PABLO.— ¡Coge dos, me cago en sos! ¡Que ya es lo que nos faltaba!

## 7. LAS PARTES

### *Al borde de una carretera. Ext. Amanece*

HERMANA 1, HERMANA 2, HERMANA 3, HERMANA 4,  
HERMANO 1 Y HERMANO 2

HERMANA 1.— Tú, en cuanto puedas, te pasas a los nacionales.

(*Pauwa.*)

HERMANA 1.— Así, cuando lleguen aquí, podremos decirles que tenemos un hermano en su lado.

(*Pauwa.*)



HERMANA 1.– No te hagas el valiente. Que te pongan en una oficina. Les enseñas la caligrafía que tienes. Que tienes muy buena caligrafía.

HERMANA 2.– Y ortografía.

HERMANA 1.– Y también tienes muy buena ortografía.

*(Pausa.)*

HERMANA 1.– ¿Llevas la pluma?

*(El HERMANO 1 se toca la chaqueta.)*

HERMANO 1.– Sí.

HERMANA 1.– A verla.

*(El HERMANO 1 saca la pluma.)*

HERMANA 1.– Y hablas francés.

HERMANO 1.– Hombre, eso...

HERMANA 1.– Lo que sea. Una por una que no te cuelguen un fusil para ponerte ahí delante. ¡Que no tienes veinte años! Si te dan un fusil, no lo cojas. Que te pongan en un almacén. Con la comida. Con lo que sea.

*(Pausa.)*

HERMANA 1.– Escribenos una vez a la semana.

*(Silencio.)*

HERMANO 1.– Lo único que me da miedo es que me alcancen en mis partes. Si te quedas sin un brazo disparas con el otro, pero quedarte sin cojones... eso sí que me da miedo. Volver a casa sin cojones. Eso sí que me da miedo.

HERMANA 1.– Si te quedas sin cojones tú verás qué haces. Nosotras ya haríamos por salir adelante.

HERMANA 3.– No hay mal que por bien no venga.

*(Silencio.)*

HERMANA 4.— Cuando te vean la caja de la comida te la van a quitar. ¿Por qué no metes las cosas en la maleta y así las tienes mejor guardadas?

*(El HERMANO 1 saca de la caja un chorizo, un queso, una botella de vino y manzanas. Todo envuelto en papel de periódico.)*

HERMANA 2.— Las manzanas llévalas en los bolsillos para el viaje.

*(El HERMANO 1 se guarda las manzanas en los bolsillos de la chaqueta. Parece un capantapájaros...)*

## 8. LOS INTELECTUALES

### *El salón de una casa. Int. Día*

MAMÁ, PAPÁ, LA NIÑERA

MAMÁ.— Alvarito me ha dicho, que usted le ha dicho, que no podemos saber si Dios existe. ¿Es eso verdad?

NIÑERA.— Sí, señora.

MAMÁ.— ¿Y se puede saber por qué le ha dicho eso al niño?

NIÑERA.— Porque Álvaro me ha preguntado cómo podemos saber si Dios existe, si no lo vemos.

MAMÁ.— ¿Y?

NIÑERA.— Yo le he dicho que no se puede saber, pero que se puede creer. Como se puede creer que hay alguien detrás de una puerta si están llamando.

MAMÁ.— En esta casa a usted la queremos mucho, María...

NIÑERA.— Gracias, señora.

MAMÁ.— ...y no entendemos a qué vienen ahora estas tonterías teológicas que se trae con el niño.

NIÑERA.— Lo siento.

MAMÁ.— En esta casa somos católicos, apostólicos y romanos.

NIÑERA.— Sí, señora.

MAMÁ.— Y si el niño pregunta por Dios: primero, Dios existe. Segundo: lo puede todo; y tercero: si no lo vemos es porque Él no quiere para probar nuestra fe, y ser así merecedores de la vida eterna. ¿Se entiende?

NIÑERA.— Muy bien, señora.

MAMÁ.— Si no fuese usted la pondría de patitas en la calle ahora mismo.

NIÑERA.— Lo siento.

MAMÁ.— Pero en esta casa le tenemos mucho cariño, y me imagino que esas tonterías son tonterías que usted no piensa realmente.

NIÑERA.— (...).

MAMÁ.— ¿Las piensa o no las piensa?

NIÑERA.— No las pienso.

MAMÁ.— ¡Los padres de usted son gente honrada!

NIÑERA.— Sí, señora.

MAMÁ.— ¡Y muy buena gente!

NIÑERA.— Sí, señora.

MAMÁ.— ¡A su hermano lo mataron los rojos!

NIÑERA.— (...).

MAMÁ.— ¿Sí, o no?

NIÑERA.— Sí.

MAMÁ.— ¡Y ahora se pone usted a decirle a mi hijo cosas de rojos!

NIÑERA.— No.

MAMÁ.— ¿No qué?

NIÑERA.— Que no quería decirle cosas de rojos. Solo quería decirle lo que pensaba.

MAMÁ.— Y hacerme quedar a mí como una idiota.

NIÑERA.— No, señora.

MAMÁ.— Hacer que sus padres parezcamos imbéciles.

NIÑERA.— No, señora.

MAMÁ.— ¡Sí, señora!

*(Silencio.)*

MAMÁ.— Vamos a ver, María. Las cosas se pueden decir de muchas maneras. ¿Qué pasa si el niño va al colegio y cuenta lo que usted le ha dicho?

NIÑERA.— No se lo he contado para que lo diga en el colegio.

MAMÁ.— Pero lo dicen. Los niños lo dicen todo. ¿Y nosotros?

*(Pausa.)*

MAMÁ.— ¿Qué quiere que piense la gente de nosotros? Usted forma parte de la familia María.

NIÑERA.— (...).

MAMÁ.— Si el niño le pregunta algo, digamos, delicado, hable primero con nosotros, y nosotros ya le diremos lo que tiene que decirle, o ya se lo diremos nosotros directamente a él. ¿De acuerdo?

NIÑERA.— Sí.

MAMÁ.— ¿Usted qué piensa de nosotros, María?

NIÑERA.— ¿A qué se refiere, señora?

(MAMÁ le mira a PAPÁ.)

MAMÁ.— Quiero decir, ¿usted cree que somos gente decente?

NIÑERA.— Sí, señora.

MAMÁ.— Vamos a ver. Usted, ¿cuando le ha dado al niño esa respuesta, no ha pensado que nosotros nos íbamos a enfadar?

NIÑERA.— No, señora.

MAMÁ.— ¿Por qué no ha pensado eso, María?

NIÑERA.— No lo sé. Por cómo son.

MAMÁ.— ¿Por cómo somos? ¿Y cómo somos, según usted?

(Pausa.)

NIÑERA.— Intelectuales.

MAMÁ.— Intelectuales.

NIÑERA.— Sí.

MAMÁ.— ¿Qué quiere decir eso, María?

NIÑERA.— Que les gusta hablar de las cosas.

(MAMÁ mira a PAPÁ.)

MAMÁ.— ¿Y qué quiere decir que nos gusta hablar de las cosas?

NIÑERA.— Que no repiten lo que los demás dicen.

(Silencio.)

MAMÁ.— Nosotros no somos intelectuales, María. Nosotros hacemos negocios. ¿Sí?

NIÑERA.— Sí.

MAMÁ.— Compramos ganado y vendemos ganado.

NIÑERA.— Sí, señora.

MAMÁ.— Somos tratantes. ¿De acuerdo?

NIÑERA.— Sí.

MAMÁ.— Hay veces que toca pensar de una manera y otras veces de otra, y ahora toca pensar de la manera que toca pensar. Si a ti, María, alguna vez te preguntan qué piensas tú, o qué pensamos nosotros tú siempre contesta poco, mal y al revés. ¿De acuerdo?

NIÑERA.— Sí.

MAMÁ.— Bueno.

(MAMÁ *mira a* PAPÁ.)

PAPÁ.— Te puedes ir, María.

NIÑERA.— Gracias, señor.

(*Se va. Se quedan solos* MAMÁ *y* PAPÁ. *Pausa.*)

MAMÁ.— ¿Tú cómo lo ves?

PAPÁ.— Muy negro.

MAMÁ.— Si la despedimos es peor, porque entonces lo va a piar todo por ahí, y la que cojamos nueva va a ser igual.

PAPÁ.— Al menos a esta ya la conocemos.

MAMÁ.— Pues sí. Lo que tienes que hacer es tener la boca callada, que tú no paras de hablar.

PAPÁ.— ¿En mi propia casa voy a tener que mirar lo que digo?

MAMÁ.— Sí, señor, en tu propia casa.

PAPÁ.— Qué mierda más grande nos está tocando vivir, Pilar.

MAMÁ.— Peor es pasar hambre.

PAPÁ.— No sé que decirte.

MAMÁ.— ¿No sabes qué decirme? Como se nota que eres de familia rica. Esta tarde vamos a misa.

PAPÁ.— ¿Por qué?

MAMÁ.— Para que nos vean. Me voy a arreglar.

PAPÁ.— Joder...

9. MARGARITA  
*Jardín. Ext. Día*

UNO

UNO.— Margarita criaba unas gallinas como pavos, y las vecinas la envidiaban.

«¡Margarita, aparta esas gallinas de la carretera no las vaya atropellar un veraneante!»

A Margarita se la traía floja la envidia, y otras muchas cosas. Veía la vida con los ojos de la naturaleza y si la mano le alcanzaba para coger una pera, pues la cogía. Su marido la quería por eso. Y por eso mismo la temía.

«Margarita, no mires a los hombres cuando te miren, no vayan a pensar lo que no tienen que pensar».

«Yo los miro para ver cómo me miran».

«Eso a ti no te importa».

«Pues son dignas de ver esas caras».

Margarita, a los hombres del pueblo los tenía muy vistos, y no solo vistos. Antes de casarse, claro, había hecho inventario. El jaleo de celos de su marido era injustificado, y ella, más que nada, se reía, pero una mañana llegó al pueblo la camioneta del pescadero y... traía pescado fresco.

«A cómo está la pescadilla».

«La que se muerde la cola o la otra».

«Ay, qué gracioso. No será usted humorista».

«No, señora. Yo soy Casimiro. ¿Y usted?».

«¿Yo?».

Las vecinas no perdían comba, y con los ojos, distraídas, miraban el pescado, y con las orejas, atentas, radiografiaban la conversación.

«Yo soy la Señora de Álvarez».

«Toma castaña» musitó Luciana la del cartero. Una risita, lerda y general, brotó de entre el público femenino que acariciaba la caja fuerte de sus monederos con la axila ancestral. El pescadero, achantado, se limitó a su oficio y Margarita vigilada por el gentío se despidió con un gélido: «Adiós».

Al marido de Margarita la pescadilla le supo a gloria. Alabó el género, y se alegró de que Tomás, el antiguo pescadero, hubiese hecho

traspaso del negocio. Margarita también se alegró, pero en un lugar que ella desconocía, y que le encendió las mejillas como si fueran un volcán.

«¿Tienes calor?».

«Sí».

«Es que echas mucha leña al fuego».

Margarita, meneando con cuidado las caderas, se acercó a la cocina económica y la descargó, sacando con los hierros un leño medio encendido. A la semana siguiente volvió el del pescado. La furgoneta venía pitando desde la carretera, más contenta de lo normal, y las vecinas salían perezosas al frío seguidas por perros pequeños, feos y viejos. Margarita, frente al espejo, se arreglaba el pelo.

«¡Margarita! ¡El pescadero!»., gritaba el marido desde la cuadra. «¡Que vas a llegar la última y te vas a quedar con lo peor!».

«Ya voy», decía Margarita. Y más lenta aún, se chupó otra horquilla que clavó con mucho cuidado en el infinito del moño.

Las mujeres de la fila se iban llevando las sardinas y las truchas, las anchoas y los salmonetes, las rodajas de atún, y de emperador, la cola de un salmón, cuatro gallos tristes, una dorada solitaria y un par de lubinas orondas.

«Pues no sé qué llevarme».

Margarita miraba los restos, forzando el gesto analítico.

«Es que has llegado la última, guapa».

«¿A cuánto está la merluza?».

«Muy cara».

«A cuánto».

Ya no quedaban vecinas a la vista, pero Margarita sabía que la vigilaban desde las atalayas de sus ventanas, como *paparazzi* rurales de un país recóndito.

«A mil quinientas pesetas».

«¿A dónde vas después de este pueblo?».

«A Santaolalla».

«Uh, eso es como un desierto».

«¿Qué?»

«Que te vayas para Revilla, y te metes por el puente del molino. Pues a mil quinientas me parece carísimo».

«¿Qué?»

«Lo que oyes. Pónmela, igual me da».

«¿Qué?».

El pescadero se había quedado en un qué pétreo, perpetuo y pesado. Su asombro había entrado en las ruedas de su mente como un palo atravesado, y no sabía dónde dar el siguiente paso. Margarita tuvo que llevarlo de la mano. «Córtame dos rodajas de merluza. Venga, coña».

«¿Así?».

«Me da igual. No me mires. Corta la merluza. Te vas hacia Revilla, y te metes al molino. ¿Te estás enterando?».

«Sí».

«Que no me mires. Espérame ahí. Dame la merluza. Pero envuélvemela, bestia».

«Me he puesto nervioso».

Las dos rodajas de merluza rodaron entre las manos del pescadero como las ruedas de la bicicleta que llevó a Margarita hasta el puente del molino. Allí, en un recodo muy fresco, bajo los chopos, junto al agua rumorosa que acarician con su tripa las golondrinas, Margarita y el pescadero gozaron su amor furtivo. Fue algo breve y precipitado, acuciados por el miedo a que les viesan, pero lo pasaron bien, a pesar de todo, más por lo prohibido que por otra cosa.

De aquello se enteró todo el pueblo, claro. Todos menos el marido, y gracias a estas cosas que pasan en los lugares pequeños, aquel secreto entró a formar parte de otros mil secretos que se guardaban en las casas. Secretos que solo salen a relucir en las sobremesas, resguardados por la intimidad de las familias, cuidados y arropados, cultivados y desarrollados, alargados, transformados y aumentados. Secretos que conoce todo el mundo, menos los interesados, secretos que los demás guardan con esmero de bibliotecarios, porque todos saben que sobre esos secretos se sostiene el pueblo entero, todos saben que esos pequeños y grandes secretos son los cimientos del pueblo, y sacarlos de lo íntimo, mancharlos con la luz, sería como escribir el final del universo.

Por causa de aquello, Margarita se quedó preñada, y el chico salió clavado al pescadero. Todo el mundo lo veía, menos su marido, y nadie jamás osó decirlo en voz alta. Un día, un imbécil, en la taberna, le dijo al chaval «tú qué miras, pescadito frito», y ante la mirada atónita del chico, entre todos, le dieron al imbécil una buena paliza.



10. FACEBOOK  
*Jardín. Ext. Día*

HIIA Y PAPA

PAPA.– Hola, hija.

HIIA.– Hola.

PAPA.– ¿Qué haces?

HIIA.– Merendar.

*(Silencio.)*

PAPA.– ¿Has entrado en Facebook?

HIIA.– Sí.

PAPA.– ¿Has visto que te he enviado una solicitud de amistad?

HIIA.– Ya la he visto.

*(Silencio.)*

PAPA.– ¿La has aceptado?

HIIA.– No. Se me ha olvidado.

PAPA.– ¿Y la vas a aceptar?

HIIA.– Papá.

PAPA.– Qué.

HIIA.– Jo.

PAPA.– Qué.

HIIA.– Es que...

PAPA.– Qué.

HIIA.– ¿Para qué quieres ser mi amigo en Facebook?

PAPA.– Pues para lo mismo que todo el mundo. Para enviarnos cosas, para chatear, para colgar fotos, no sé...

*(Pausa.)*

PAPA.– ¿Qué pasa?

HIIA.– Me da pena que quieras ser mi amigo.

PAPA.– ¿Por qué?

HIJA.— No sé. Me da pena.

PAPÁ.— ¿Por qué?

HIJA.— ¿Por qué quieres ser mi amigo?

PAPÁ.— Para... para estar más tiempo juntos.

HIJA.— Pues vamos a estar más tiempo juntos.

PAPÁ.— Ya.

*(Silencio.)*

HIJA.— ¿Qué te pasa?

PAPÁ.— Nada.

*(Silencio.)*

PAPÁ.— Lo siento.

HIJA.— ¿Estás bien?

PAPÁ.— Es que me acuerdo de cuando eras pequeña y venías a tocarme la cara y te quedabas dormida tocándome la cara. Perdóname. Nunca, nunca podría haber imaginado yo que iba a pasarlo así de mal. Perdóname. Es que veo como creces y no sé qué hacer para parar la nostalgia de cuando eras pequeña. Lo siento. Lo siento mucho. Lo siento mucho.

*(Silencio.)*

HIJA.— ¿Y yo qué puedo hacer?

PAPÁ.— No, nada. *(Pausa.)* Nada.

*(Silencio.)*

HIJA.— Papá.

PAPÁ.— ¿Qué?

HIJA.— No es que no quiera estar contigo. Es que...

*(Pausa.)*

HIJA.— Es que no tengo necesidad de estar contigo.

PAPÁ.— Ya.

HIJA.— Lo que sí necesito es saber que estás ahí. ¿Me entiendes?

PAPÁ.— Sí.

*(Pausa.)*

HIJA.— ¿Te parece egoísta?

PAPÁ.— No.

*(Pausa.)*

HIJA.— ¿Aún me quieres?

PAPÁ.— Mucho.

HIJA.— ¿Puedo irme?

PAPÁ.— Sí. Ten cuidado con la gente que no conoces.

HIJA.— Sí.

PAPÁ.— Pero no dejes de conocer gente por eso.

HIJA.— Vale.

*(Pausa.)*

HIJA.— ¿Ya?

PAPÁ.— Sí. ¿Me das un beso?

HIJA.— Ahora me da vergüenza.

PAPÁ.— Vale.

HIJA.— Luego.

PAPÁ.— Vale.

HIJA.— No llores.

PAPÁ.— No.

HIJA.— Me da mucha pena que seas así.

PAPÁ.— Lo siento.

HIJA.— Me haces sentir culpable.

*(Pausa. La HIJA se va.)*

11. LA FOTO  
*Jardín. Ext. Día*

ONÉSIMO, HERMANA 1, JOSEFINA, HERMANA 2, HERMANA 3, EL SOLDADO

*(Llega a la casa el fotógrafo ONÉSIMO. Viene con su cámara de fotos.)*

ONÉSIMO.— ¡Holaaa! ¿Hay alguien? ¡Holaaa!

HERMANA 1.— ¡Voy!

*(ONÉSIMO espera. Aparece la HERMANA 1 secándose las manos con el delantal.)*

HERMANA 1.— Buenos días.

ONÉSIMO.— Buenos días.

HERMANA 1.— Dígame.

ONÉSIMO.— Soy amigo de Felipe Lekumberri.

HERMANA 1.— ¿Le ha pasado algo?

ONÉSIMO.— No, no, no. Está muy bien. Me ha dado una carta para Hortensia Ferrús.

HERMANA 1.— ¿De Felipe?

ONÉSIMO.— Sí, sí, de Felipe.

HERMANA 1.— ¡¡Hortensiaaaaaa!!

HORTENSIA.— *(Off.)* ¿Qué?

HERMANA 1.— ¡¡Corre!!

HORTENSIA.— *(Off.)* ¿Qué pasa?

HERMANA 1.— ¡¡Carta de Felipe!! *(A ONÉSIMO)* Pase, pase.

*(Entran las HERMANAS 2 y 3. HORTENSIA llega la última.)*

HORTENSIA.— ¿Dónde está?

ONÉSIMO.— Aquí.

*(ONÉSIMO le tiende la carta. JOSEFINA la coge, pero ONÉSIMO no la suelta.)*

ONÉSIMO.— Es para leer ahora.

*(ONÉSIMO suelta la carta.)*

HORTENSIA.- ¿Está bien?

ONÉSIMO.- Sí.

HORTENSIA.- ¿Felipe se ha pasado a este lado?

ONÉSIMO.- No, no, sigue con los requetés, cerca de Mendigorría.

HORTENSIA.- ¿Pero está bien?

ONÉSIMO.- Sí, está bien. Yo soy amigo suyo, de la escuela.

HERMANA 1.- Ah.

(HORTENSIA abre el sobre. Lee la carta.)

HERMANA 2.- ¿Está bien?

HORTENSIA.- Sí.

HERMANA 3.- Te has puesto colorada.

HERMANA 2.- Mujer, porque le pondrá cosas.

HERMANA 1.- ¿Qué dice?

HORTENSIA.- Que me echa mucho de menos. (A ONÉSIMO.) ¿Esa es la cámara?

ONÉSIMO.- Sí.

HERMANA 1.- ¿Qué pasa?

HORTENSIA.- Felipe dice que usted se llama Onésimo.

ONÉSIMO.- Sí.

HORTENSIA.- Y que en Pamplona tenía un estudio... (mira la carta) en el Paseo Valencia.

ONÉSIMO.- Sí.

HORTENSIA.- O sea, que usted ya ha hecho fotos de estas.

ONÉSIMO.- Alguna.

HERMANA 3.- ¿Qué pasa, hija? No nos tengas así.

HORTENSIA.- Que Felipe quiere una foto mía desnuda.

HERMANA 3.- ¿Para eso ha venido usted?

ONÉSIMO.- Sí, señora.

HERMANA 3.- ¿Para hacerle a esta una foto en pelotas?

ONÉSIMO.- Una foto artística.

(La HERMANA 3 se parte de la risa.)

HERMANA 3.- ¡Artística, dice! ¿Con la que estamos pasando y el Felipe te manda a que le hagas a esta una foto en pelotas? Es que es la bomba el Felipe.

HORTENSIA.- ¿Qué hago?

HERMANA 1.- Lo que tú quieras. Este ha venido de muy lejos solo para eso.

HORTENSIA.- No sé. A mí esto me parece... no sé. No sé que me parece.

HERMANA 2.- A mí me parece muy romántico.

HORTENSIA.- ¿A vosotras os parece bien?

HERMANA 1.- No sé. Bien, bien no me parece, pero mal, mal tampoco.

*(A la HERMANA 3 le ha entrado la risa floja.)*

HORTENSIA.- ¿Me la tiene que hacer usted? ¿No me la pueden hacer mis hermanas?

ONÉSIMO.- Es que esto no es tan fácil como parece, y para que salga bien...  
¿Me entiende usted? La película está muy cara, y vaya...

HORTENSIA.- Si la hace usted me tendría que ver desnuda.

ONÉSIMO.- Sí, señora, pero a través del objetivo.

HERMANA 3.- ¿Te la vas a hacer? *(Se parte de la risa.)*

HERMANA 1.- Tú ten en cuenta que se la enseñará a todos sus compañeros.

HORTENSIA.- Eso no lo haría nunca.

HERMANA 1.- Los hombres son así. Antes de verla él, ya se la habrá enseñando al de al lado.

HERMANA 2.- Felipe es muy educado y no va a hacer eso.

HERMANA 3.- Felipe es un salido de tres pares de cojones.

HORTENSIA.- Bueno, pues con algo se tiene que aliviar, ¿no?

HERMANA 3.- Que use la imaginación, no te jode, o fotos de guarras.

HORTENSIA.- ¡Eso es lo que no quiere él! ¡Ni yo tampoco! ¡No quiere fotos de guarras, porque me echa mucho de menos, y me quiere a mí! No quiere fotos de otras, quiere mi foto, porque para cascársela quiere mi foto, ¿eso dice!

HERMANA 3.- ¿Y tú qué? ¿A ti no te hace falta una foto suya en pelotas?

HORTENSIA.- A mí no me hace falta.

HERMANA 3.- Pídesela. ¿A ti no te hace falta? ¿Qué eres, una monja? Si ya no te acordarás ni de cómo era su cuerpo. ¿Cómo era su polla, eh? ¿Te acuerdas de eso? ¿A ti no te hace falta una foto de Felipe con la polla bien tiesa? Que se joda, que te quiere para hacerse pajas. ¿Con qué te haces tú las pajas, eh?

HORTENSIA.- Yo no me hago pajas.

HERMANA 3.- ¿Tú no te haces pajas? ¡Qué hipocresía, madre mía! ¡Qué hipocresía! Pues háztelas. Háztelas, coña, y no seas mojjigata. Hazte

pajas y le pides una foto desnudo. A ver cómo se queda. Y le dices para qué es. Pegándose tiros unos a otros y mira en qué está pensando, en meneársela a tu costa. Mandarlo a la mierda. Eso es lo que haría yo. Mandarlo a la mierda.

*(Silencio.)*

HORTENSIA.— *(A ONÉSIMO.)* ¿Aquí le parece bien?

ONÉSIMO.— ¿Aquí?

HORTENSIA.— Sí, aquí mismo.

ONÉSIMO.— Ah, sí, aquí fuera mucho mejor. Por la luz.

*(HORTENSIA sale. ONÉSIMO prepara la cámara. HORTENSIA vuelve con una bata.)*

HORTENSIA.— Se me ha ocurrido... que como él ya tiene un retrato mío, cuando usted revele la foto, hágame el favor de cortarme la cabeza.

Así, si la pierde, o lo matan, que no caiga en manos de otro.

ONÉSIMO.— Sí señora. Quiere que corte por la base del cuello, o a la altura de la barbilla.

HORTENSIA.— No lo sé. Por donde quede mejor.

*(ONÉSIMO asiente. HORTENSIA se abre la bata.)*

HORTENSIA.— Ahora. Ya.

*(ONÉSIMO hace la foto.)*

HORTENSIA.— Otra, por si acaso.

ONÉSIMO.— Sí, señora.

HORTENSIA.— Ahora.

ONÉSIMO.— Perfecto.

*(ONÉSIMO se da la vuelta. HORTENSIA se cierra la bata.)*

HORTENSIA.— Dígale que le quiero mucho.

ONÉSIMO.— ¿No quiere escribirsele?

HORTENSIA.— No.

(*Suena Suspiros de España. Las HERMANAS y HORTENSIA bailan el pasodoble. ONÉSIMO mira. Cuando menos se lo espera HORTENSIA camina hacia él, le coge de la mano, y se lo lleva al buerto.*)

## 12. LA PINTORA *En su estudio. Int. Día*

PINTORA Y CLIENTE

PINTORA.— Yo pinto flores. Y entre la gente moderna está muy mal visto esto de pintar flores, porque se ve como una cosa de abuelitas, ¿no? Pero Van Gogh pintaba flores, ¿no? Y revolucionó la historia del arte con sus girasoles. Desde luego los artistas tienen objetivos muy diferentes al pintar, y yo no sé cuales eran los objetivos de Van Gogh, ni los sabe nadie, a lo mejor su hermano Teo y no del todo, porque las cartas que le escribía sirven para hacerte una idea de lo que pensaba pero no para saber qué pensaba. Lo que uno piensa cuando pinta no lo sabe ni uno mismo, para empezar porque cuando se pinta no se puede pensar. Se puede pensar, si quieres, luego, pero durante, es imposible, porque lo que haces es pensar, no pintar, entonces ahí está la cosa. ¿Qué quería Van Gogh? Tampoco lo sé yo. Ni lo sé yo de mí misma. Yo lo que sé es que cuando pinto, intento ver a través del detalle físico material de la rosa, a través del acto de pintar exactamente la rosa, intento trascender todo eso. Intentar pintar lo que es, y no lo que te gustaría que fuese, te abre el camino, el pensamiento, la imaginación se abren. La gente se queja y habla de cómo le gustaría que fuesen las cosas y de cómo son, pero en realidad no saben cómo son las cosas porque la ansiedad por satisfacer sus deseos les impide pararse a mirar. Quiero decir, que no ven la realidad. Intentas pasar por encima. Ver la realidad es un acto de renuncia, ¿sabes? Tienes que renunciar al deseo, al futuro, te tienes que parar y contemplar. Contemplar. Yo, antes de pintar, meto las rosas en agua, les echo una aspirina, y me encierro con ellas cuatro horas, por ejemplo. Hago un acto de recogimiento, ¿sabes? Trato a las rosas como si fuesen personas. Contar esto me da un poco de vergüenza pero es así. Hablo con ellas, ¿vale? Les hablo, y ellas me contestan. Realmente, ¿eh? Me pongo a pensar como ellas, me pongo



en el lugar de ellas. La rosa es la flor más bella y también la más fugaz, la que antes se marchita, ¿no? Entonces, esto ¿qué es? Es la vida. Es así de fácil y así de terrible. *Carpe diem*. Como un poema de... Como un poema. Yo, antes de pintar una rosa, la he visto nacer, crecer, hacerse joven, envejecer y morir, en unos días y es terrible. Entonces yo. Yo las pinto en todas sus fases y sé. Vamos a ver. Sé que estoy pintando, cuando pinto cada detallito, cada pétalo, cada brillo, cada matiz de color, sé que estoy pintando la vida, ¿sabes? Pinto la vida. La cosa más importante, ¿no? ¿Qué hay más importante que la vida? No hay nada ¿no? Me parece a mí, no sé. Y entonces, pero ¿Cómo he llegado a saber que pinto la vida? Pintando el detallito. ¿Cómo llegar a pintar lo más importante? Pintando lo menos importante. Siendo humilde y pasando el tiempo con ellas. Así. Y a estas las he titulado Delicadas, porque estas tenían los pétalos casi transparentes. Estas han sido de las que más me han costado pintar. ¿Sabes? De las que más.

(*La CLIENTE asiente.*)

CLIENTE.— Son muy bonitas.

PINTORA.— Sí.

(*Silencio. Miran el cuadro.*)

CLIENTE.— ¿Y cuánto vale este?

PINTORA.— Como este lo he pintado mientras hacía otros dos encargos y no esperaba que me saliera tan bien y que me gustara tanto, te lo voy a dejar baratito. Te llevas una joya, ¿eh?

CLIENTE.— Sí, la verdad es que es muy bonito.

PINTORA.— Mira, este son 599 euros.

CLIENTE.— ¿Seiscientos euros?

PINTORA.— Sí. ¿Es para un regalo?

CLIENTE.— Sí.

PINTORA.— Te sale muy bien de precio.

CLIENTE.— Es mucho, ¿no?

PINTORA.— Menos que un ordenador portátil, y es para toda la vida. Tú ten en cuenta que esto a mí me ha costado pintarlo un mes.

CLIENTE.— Ya, pero son unas flores.

PINTORA.— Hombre.

CLIENTE.— Me lo voy a pensar.

PINTORA.— Muy bien. Tú, cuando quieras, te pasas por aquí y ves un poquito lo que tengo.

CLIENTE.— Vale. Pues muchas gracias.

PINTORA.— Gracias a ti.

CLIENTE.— La verdad es que son muy bonitas.

PINTORA.— Muchas gracias.

CLIENTE.— Adiós.

PINTORA.— Adiós, adiós. Tú ten en cuenta la relación calidad-precio.

*(Silencio.)*

CLIENTE.— Me lo he pensado mejor.

PINTORA.— Genial.

### 13. SOL

#### *En un jardín. Ext. Día*

HOMBRE, MUJER

HOMBRE.— ¡Sol! ¡Sol! ¡Sol! ¡Ven aquí! ¡Ven aquí! ¡Sal de ahí! ¡Sal de ahí! ¡Ven aquí! ¡Ven aquí, coño! ¡Fuera de ahí! ¡Sol! ¡A casa! ¡Fuera! ¡A casa! ¡Sal de ahí! ¡Me cago en la madre que te parió! ¡Sol! *(Lo llama silbando.)* ¡Toma, toma, toma! ¡Sol, toma, mira, mira, mira! ¡Ven aquí Sol, toma, busca! ¡Toma! ¡Te voy a matar! ¡Cuando te pille te voy a matar! ¡Hijo de puta! ¡Violeta! ¡Me voy a buscarlo que no me hace ni puto caso!

*(Entra la MUJER corriendo.)*

MUJER.— ¡Que viene un tren!

HOMBRE.— ¡Me cago en su puta madre! ¡Sal de ahí! ¡Sal de ahí! ¡Ven aquí!  
*(El tren se acerca.)*

MUJER.— ¡Que lo va a coger! ¡Vete a sacarlo!

HOMBRE.— ¡Que no llego! ¡Que no llego! ¡SAL DE AHÍIIIIII!

MUJER.— ¡Que lo va a coger!

HOMBRE.— ¡SAL DE AHÍ HIJO DE PUTA! ¡CABRÓN! ¡PERRO DE LA MIERDA! ¡SAL DE AHÍ! ¡SAL DE AHÍ!

MUJER.— ¡SAL DE AHÍ! ¡SOL! ¡VEN AQUÍ! ¡VEN AQUÍ! ¡VEN AQUÍ!

*(Pasa el tren. Un tren bastante largo. El HOMBRE se echa las manos a la cabeza. Mira al suelo. La MUJER mira hacia a las vías con las manos colgando. El tren suena como una trituradora que se aleja con velocidad, pero extrañamente nos parece una velocidad lenta. Silencio.)*

HOMBRE.— Está muerto.

MUJER.— No está muerto.

HOMBRE.— Está muerto.

MUJER.— Que no está muerto.

HOMBRE.— Que te digo yo que el perro está muerto.

MUJER.— Bueno, pues yo te digo que no está muerto.

HOMBRE.— Vamos.

MUJER.— Espérate.

*(Pausa.)*

MUJER.— Seguro que se ha agachado. Se habrá tumbado y le habrá pasado el tren por encima...

*(Pausa.)*

HOMBRE.— Vamos.

MUJER.— Espérate, coña. Si ahora nos metemos en el camino y el perro se levanta no nos verá.

*(Pausa.)*

HOMBRE.— Está muerto.

MUJER.— Que no está muerto.

HOMBRE.— Perro de la mierda.

MUJER.— Que no está muerto.

HOMBRE.— Ya desde cachorro fue un gilipollas.

MUJER.— ¿Qué es aquello?

HOMBRE.— ¿Dónde?

MUJER.— No, no, no, me había parecido...

HOMBRE.— Lo ha aplastado.

MUJER.— Que no. ¿Exactamente dónde estaba?

HOMBRE.— Allí.

MUJER.— ¿Delante del poste?

HOMBRE.— Sí.

MUJER.— Estará agachado. Encogido. Y no se atreve a levantarse.

HOMBRE.— No pienso enterrarlo. Que se quede ahí y se lo coman los buitres.

MUJER.— No digas burradas...

HOMBRE.— Gilipollas. Ahí se queda. Que le pasen quince trenes por encima. Me la suda.

MUJER.— No hables así...

HOMBRE.— Que le revienten la cabeza quince veces...

MUJER.— Por favor, no hables así, ¿vale? No hables así, porque no tienes ningún derecho a hablar así.

*(Pausa.)*

HOMBRE.— Me cago en el puto día en el que nos compramos el perro.

*(La MUJER mira al HOMBRE. El HOMBRE mira al suelo.)*

MUJER.— ¡No tienes cojones para ir a la vía con una bolsa, meter al perro dentro y enterrarlo como es debido! ¡No tienes cojones! ¡Todo el día acojonado! ¡Si no tienes perro porque no tienes perro, y si tienes perro porque tienes perro! ¡Vive, coño! ¡Vive! ¡La vida es esto! ¡Nacer y morir! ¡Es la vida! ¡Y tú no vives! ¡No vives! ¡No se puede vivir con ese miedo a la muerte! ¡No se puede vivir así! ¡Respira, hostias! ¡Respira! ¡Y vive! ¡Esto es lo que hay! ¡Tú también te vas a morir! ¡Ahora ya lo sabes! ¡Pues ya está! ¡Ya lo sabes! ¡Pues muy bien! ¡Como todas las cosas en este mundo! ¡Todo va a morir! ¡La Tierra va a morir! ¿Y qué? ¿Qué hacemos? ¿Nos vamos a un rincón a llorar? ¿Eh? ¿Eh? ¡Tú eres el gilipollas! ¡Tú! ¡Disfruta de la vida, joder! ¡Disfruta de la vida! ¡Y disfruta de la muerte, me cago en la puta! ¿Qué quieres? ¿Qué todo se quede dónde está? ¿Qué no pase nada? Pues ya te pue-

des ir jodiendo porque no va a ser así. Menuda mierda sería si fuese así. ¿Pero tú, quién te crees que eres? ¿Tú qué te piensas? ¿Que has nacido para quedarte aquí para siempre? ¿Eh? Imbécil. La vida es esto. Cosas buenas y cosas malas. ¿Te enteras? Si el perro está muerto, qué pasa. Pues que se ha muerto y punto. Cuando te mueras tú, ¿qué te crees, que se va a acabar el mundo, gilipollas? ¡Te vas a morir! ¡Tarde o temprano nos vamos a morir todos! ¡Ya está! ¡Se acabó el misterio! ¿Qué más quieres saber? ¿Cuándo te vas a morir? ¿Cómo te vas a morir? ¡¡Eso no se puede saber!! ¡¡No se puede saber!! ¡¡Da igual!! ¡¡Lo importante es cómo quieres vivir, no cómo te vas a morir!! ¿Te enteras? ¿Eh? ¿Te enteras? Pues entérate.

*(Silencio.)*

MUJER.— Míralo. Ahí está. Ahí está. ¡Sol! ¡Ven aquí! ¡Sol! ¡Ven aquí! ¡Que viene! ¡Ven aquí, mi amor! ¡Ven! ¡Que está viniendo!

*(El HOMBRE se abraza a la MUJER.)*

HOMBRE.— Me he asustado muchísimo. *(Llora.)* Me he asustado muchísimo. Creía que estaba muerto...

MUJER.— Bueno..., tranquilo, tranquilo...

HOMBRE.— Si se llega a morir me muero...

MUJER.— Bueno... venga... ya...

HOMBRE.— No me vuelvas a hablar así...

MUJER.— Lo siento...

HOMBRE.— Yo no tengo la culpa...

MUJER.— Lo siento... venga... ya está, ¿eh? Vamos a buscarlo. No pasa nada...

HOMBRE.— Yo no tengo la culpa...

MUJER.— Que sí, vale, venga... vamos... tú no tienes la culpa.

*(La MUJER se lleva al HOMBRE que sigue agarrado a ella.)*

MUJER.— Que ahora lo importante es que el perro esta vivo, ¿no?

HOMBRE.— Sí.

MUJER.— Pero que sea la última vez que te dejas abierta la puerta del jardín.

HOMBRE.— Sí.

MUJER.— No se puede ser tan despistado.

HOMBRE.— No. Lo siento.

MUJER.— No pasa nada. No pasa nada.

## 14. LOS PLATILLOS

### *Jardín. Ext. Día*

HERMANA 1, HERMANA 2, HERMANA 3,  
HERMANO, NOVIA, MÚSICO

*(Llegan HERMANAS, el HERMANO y la NOVIA llegan al jardín con sus sillitas.)*

HERMANA 2.— ¿Dónde nos ponemos?

NOVIA.— Allí. Tú ponte aquí. Así. Mira, ahí no. Él se va a poner ahí.

HERMANO.— ¿Aquí molesto?

NOVIA.— No.

HERMANA 1.— ¿Y los demás?

NOVIA.— ¿Quiénes?

HERMANA 1.— El resto de la banda. Los demás músicos.

NOVIA.— Va a tocar él solo.

HERMANA 1.— ¿Por qué?

HERMANA 3.— Yo pensaba que iban a ensayar todos.

NOVIA.— Porque con los demás va a tocar en el ensayo.

HERMANA 2.— Ah, pues yo también pensaba que íbamos a ver a todos.

NOVIA.— No, no, no, vamos a ver. Como él sabía que veníais le hacía ilusión tocar un poquito delante de vosotros antes de irse al ensayo de verdad.

HERMANA 1.— Ah.

HERMANO.— ¿Os importa si me echo una cabezadita?

HERMANA 2.— Pues qué pena.

HERMANA 3.— Sí, qué pena. O sea, ¿va a tocar el solo los platillos?

NOVIA.— Sí.

HERMANA 1.— Eso es un poco rollo, ¿no?

HERMANA 2.— Es un poco rollo, sí.

HERMANA 3.— Que toque él solo los platillos no tiene sentido.

NOVIA.— Hombre, es una oportunidad que tenéis para ver algo que no se ve normalmente. Normalmente la percusión siempre se escucha con los demás instrumentos, y con él tenéis la oportunidad de disfrutar solo de los platillos. No sé, me parece una cosa muy especial. Muy diferente. Y muy bonita. Sin más. No vais a ver un concierto.

(Paua.)

HERMANA 2.— ¿Te vas a casar con él?

NOVIA.— ¿Tu eres tonta o qué? No lo sé. A lo mejor. No me lo he planteado, y él tampoco no me lo ha pedido.

HERMANA 1.— ¿Y tú a él?

NOVIA.— Que te digo que no.

HERMANA 2.— Es que es un poco raro, ¿no?

NOVIA.— ¿Por qué?

HERMANA 3.— Es artista.

HERMANA 2.— No es artista. Es militar.

HERMANA 3.— Pero es músico.

HERMANA 1.— Bueno, músico, músico... Toca los platillos.

HERMANA 3.— Eso es ser músico.

HERMANA 2.— Es un percusionista, que no es lo mismo.

HERMANA 3.— ¿Cómo que no? ¿Pero qué dices?

HERMANA 1.— De todos los músicos, es el que menos músico es.

HERMANA 3.— Porque tú lo digas.

HERMANA 2.— No vas a comparar un piano con un tambor.

HERMANA 3.— La percusión es el origen de la música.

HERMANA 1.— Y de todas las músicas, la militar es la menos música.

HERMANA 3.— Pues cada cosa tiene su razón de ser.

HERMANA 1.— Pero hay cosas que tienen menos razón de ser que otras.

Salta a la vista.

HERMANA 3.— Eso me parece de un extremismo...

HERMANA 2.— Que nos haya hecho venir para oírle tocar los platillos no es normal. ¿Sí, o no? ¿Es normal, o no es normal? No es normal.

HERMANA 1.— (A la NOVIA.) ¿A ti te parece normal?

(Paua.)

NOVIA.— A mí me parece algo diferente. Algo que no se suele ver. A mí me parece bien. No sé. Se le ha ocurrido a él, con todo el cariño, para enseñaros como suenan los platillos solos y a mí me ha parecido bien. No pensaba que os ibais a enfadar. Lo siento.

HERMANA 1.— No lo sientas, no pasa nada. Lo que pasa es que... Si yo te entiendo que es algo diferente, algo así, especial, pero...

HERMANA 2.— Es que él es un poquito especial en todo.

HERMANA 3.— Todos tenemos nuestras cosas.

HERMANA 2.— Ya, pero unos más que otros...

HERMANA 3.— Es que no podéis parar de juzgar a la gente, ¿eh? No todo el mundo tiene que ser como a vosotras os guste.

HERMANA 1.— No lo estamos juzgando. Estamos diciendo... (*A la HERMANA 3.*) Vamos a ver, ¿tú quieres para tu hermana lo mejor?

HERMANA 3.— Lo mejor para ella, a lo mejor, no es lo mismo que para ti.

HERMANA 2.— ¿Tú estás enamorada?

NOVIA.— Vaya.

HERMANA 1.— Normal.

HERMANA 2.— Si es que no puedes estarlo de ninguna manera. Le puedes tener cariño, o lo quieras, pero de ahí a... ¿me entiendes? Es que es muy rarito, pero muy rarito, eh?

HERMANA 3.— A mí me parece muy guapo, la verdad.

HERMANA 2.— ¿Y eso qué tiene que ver?

HERMANA 1.— Tú, ¿por qué estás con él?

NOVIA.— No sé.

HERMANA 1.— Hija, por algo será.

(*Pausa.*)

NOVIA.— ¿La verdad?

HERMANAS.— (...).

NOVIA.— Porque es militar y tiene un sueldo fijo, y los militares no van nunca al paro. Por eso.

HERMANA 3.— Pero lo pueden matar en una guerra que es mucho peor.

NOVIA.— Él es músico.

(*Silencio.*)

HERMANA 1.— Yo creo que esto que nos has dicho te lo deberías pensar un poquito.



NOVIA.— Y además es bueno.

HERMANA 2.— Tú te mereces mucho más. Tú eres nuestra hermana, y hambre no vas a pasar, porque aquí estamos nosotras. Tú te mereces el amor. La pasión. La alegría y la felicidad. ¿Te enteras? Eso es lo que te mereces tú. Tú no te puedes quedar con el primero que pase, que tenga un puesto fijo y que te haya querido un poco. Eso es la mediocridad, y aquí se vive una vez, y cuando te mueras no te van a preguntar si te quieres quedar un poco más. Tú te mereces lo que tú quieras. ¿Te enteras?

*(El HERMANO se despierta.)*

HERMANO.— ¿Qué pasa?

*(Llega el MÚSICO con los platillos en la mano.)*

MÚSICO.— Hola.

TODOS.— Hola.

*(Se prepara.)*

MÚSICO.— Perdonad que os haya hecho esperar. Es que estaba repasando un poquito. Lo primero que vais a escuchar es «La marcha de los toreadores».

*(El MÚSICO comienza a esperar. Por su cabeza pasa la música. Espera que llegue su momento. Da una vez. Espera. Dos veces. Espera. Una vez. Espera. Dos veces. Espera. Muchas veces muy cortitas. Coge carrerilla... Espera.)*

HERMANA 1.— Alfonso, mira, perdona. Es que nosotras como no somos tan especialistas como tú, nos cuesta seguirte un poco, ¿sabes? Entonces, claro, me imagino que si sabes música tiene que ser un disfrute muy grande..., pero nosotras no lo entendemos. Esto es más para iniciados creo yo, ¿no?

HERMANA 2.— Yo creo que sí.

HERMANA 1.— Bueno, pues mejor te dejamos ensayar tranquilo, ¿Eh? Nos vamos.

HERMANO.— ¿Qué?

HERMANA 1.— Que hay que dejarle ensayar para que luego ensaye más aún, ¿eh? Vámonos. *(A la NOVIA.)* Mañana hablamos. ¿Vale?

(*La NOVIA asiente.*)

HERMANA 1.– Hala, venga.

HERMANO.– (*Al MÚSICO.*) ¡Muy interesante! ¡Muy interesante! Me gusta quedarme dormido mientras las mujeres hablan. Es un arrullo muy sensual.

Luego me despierto descansadísimo. Muy interesante. Muy interesante.

MÚSICO.– Gracias.

HERMANA 1.– (*Al HERMANO.*) Venga, calla, vamos.

HERMANA 3.– (*Al MÚSICO.*) Adiós.

MÚSICO.– Adiós.

HERMANA 1.– (*Al MÚSICO.*) Llámanos cuando ensayes con toda la banda y con todo el mundo.

MÚSICO.– Intentaré que podáis ver un ensayo.

HERMANA 1.– Perfecto. Adiós.

MÚSICO.– Adiós.

(*Paua.*)

MÚSICO.– Yo hago todo lo que puedo para caerles bien.

NOVIA.– Ya lo sé.

MÚSICO.– No les gusto, ¿verdad?

NOVIA.– Son diferentes, nada más, y ya está. (*Mini paua.*) ¿Sabes que por cómo tocas puedo seguir el resto de la música en la cabeza?

MÚSICO.– Claro.

NOVIA.– Aunque solo te oigo a ti, es como si estuviese escuchando a toda la banda.

MÚSICO.– Qué bien.

NOVIA.– Es muy bonito.

MÚSICO.– ¿Toco otra?

NOVIA.– Sí. Muy bien. Vale.

MÚSICO.– A ver si adivinas cuál es. Te voy a dar una pista. Año nuevo.

(*Comienza a darle al chún-chún y oímos al ratito a toda la banda tocando. La música suena muy alta y él le da a los platos con toda su alma. La NOVIA le dice qué música es. Él asiente. Ella sonríe. Él también.*)

15. LA ABUELA MAYOR  
*Jardín. Ext. Día*

ABUELA, NIETO 1 Y NIETO 2

*(Los nietos cogen ciruelas. La ABUELA está con ellos.)*

ABUELA.— ¿Tú dónde vives?

NIETO 1.— En Madrid.

ABUELA.— ¿En la casa?

NIETO 1.— Sí.

ABUELA.— ¿Y qué tal está la casa?

NIETO 1.— Muy bien.

ABUELA.— ¿Ya la cuidas?

NIETO 1.— Sí.

ABUELA.— Cuídala mucho, que nos costó mucho sacrificio.

NIETO 1.— La cuido mucho. Mamá hizo reformas. Ha quedado muy bonita. Cambió la cocina entera.

ABUELA.— Ya hacía falta, ya. Este año hay muy pocas. Heló en primavera.

Mira qué maja es esa. Coge esa.

NIETO 2.— ¿Cuál?

ABUELA.— Esa.

NIETO 2.— ¿Esta?

ABUELA.— Sí, mira qué maja es.

*(El NIETO 2 la coge y se la da.)*

NIETO 2.— La han comido los pájaros.

ABUELA.— Qué pena.

*(La ABUELA la mira como si fuese una persona herida.)*

ABUELA.— Qué pena. No sirve ni para hacer mermelada. ¿Y tú dónde vives?

NIETO 2.— Vivo en Zaragoza. Me he comprado una casa.

ABUELA.— Muy bien.

NIETO 2.— A ver cuándo vienes a verla.

ABUELA.— ¿Yo? Yo ya no puedo. No puedo... ¿Te has colocado?

NIETO 2.— Sí.

ABUELA.— Muy bien. ¿En dónde?

NIETO 2.— En un instituto de investigación agraria.

ABUELA.— ¿Dónde?

NIETO 2.— Yo soy ingeniero agrónomo y estoy en un instituto de investigación agraria en Zaragoza.

ABUELA.— Ya sé que eres ingeniero. Ya lo sé. Ahí lo tienes. Ingeniero. ¿Y tú?

NIETO 1.— Yo soy director de teatro.

ABUELA.— ¿Y el derecho?

NIETO 1.— ¿No te acuerdas que fui a Madrid a estudiar teatro?

ABUELA.— No sé, no sé.

NIETO 1.— No me va mal.

ABUELA.— Bueno, bueno, ¿cuándo os vais a casar?

NIETO 1.— Yo vivo con Lucía desde hace diez años.

ABUELA.— ¿Y casados no estaríais mejor? ¿Eh?

NIETO 1.— Da lo mismo.

ABUELA.— Estaríais mejor casados. ¿Y tú?

NIETO 2.— Yo no tengo novia.

ABUELA.— ¿No tienes novia? Ay, cómo vivirás, cómo vivirás. ¿Y quién hace las cosas de la casa?

NIETO 2.— Yo.

ABUELA.— ¿Tú? (*Se ríe.*) Que vaya una mujer.

NIETO 1.— Yo también limpio.

ABUELA.— Ay madre, madre. Os he hecho un bizcocho. Para desayunar mañana. ¿Os da para ahorrar?

NIETO 2.— Muy poco.

ABUELA.— Siempre hay que ahorrar un poquito que nunca se sabe lo que puede venir. ¿Qué tal está la casa?

NIETO 1.— Muy bien.

ABUELA.— ¿Ya la cuidas?

NIETO 1.— Sí.

ABUELA.— A mí me gustaría venderla, que es muy grande, y compraros un apartamento a cada uno.

NIETO 1.— No la vendas, que es muy bonita. Mamá ha hecho reformas, y ha puesto la cocina nueva.

ABUELA.— Fíjate, la cocina nueva. Ya hacía falta, sí. ¿Dónde trabajáis?

NIETO 2.— Yo soy ingeniero y Fredy es abogado.

ABUELA.- ¿Y el del teatro?

NIETO 1.- Soy yo.

ABUELA.- Ay madre, ay madre. ¿Qué tal está tu mujer?

NIETO 1.- Bien.

ABUELA.- Dale muchos recuerdos. ¿No va a venir?

NIETO 1.- Ahora está actuando en Barcelona.

ABUELA.- Fíjate, en Barcelona. ¿Cómo se llama?

NIETO 1.- Lucía.

ABUELA.- Sí, Lucía. Es muy simpática. ¿No va a venir?

NIETO 1.- No puede. Está actuando en Barcelona.

ABUELA.- ¡Ah sí, sí, en Barcelona!

NIETO 2.- Todas las que quedan están verdes.

ABUELA.- ¿Están verdes? Os he hecho un bizcocho para mañana.

NIETO 2.- Abuela, ¿quieres que cojamos flores para poner en la mesa?

ABUELA.- Sí, claro.

NIETO 2.- Pues hala, vamos a la huerta.

ABUELA.- ¿Y por qué no las cogemos de aquí, y así no vamos a la huerta?

NIETO 2.- Porque no te gusta coger las del jardín. Prefieres coger las de la huerta.

*(La ABUELA comienza a cogerse un berrinche.)*

ABUELA.- Ay, madre. Qué cabeza, qué cabeza, qué cabeza.

NIETO 1.- ¿Qué pasa?

ABUELA.- Cómo no me puedo acordar de eso, ¿eh? Cómo no me puedo acordar de eso.

NIETO 2.- Abuela, que no pasa nada.

ABUELA.- Cómo no me puedo acordar de eso.

NIETO 1.- Te habrías acordado.

NIETO 2.- Es que te has despistado un poco.

ABUELA.- No me acordaba, no me acordaba. De cuando era pequeña me acuerdo de todo. De ahora, de nada. De nada. De nada. Fíjate si corto las del jardín y luego me doy cuenta de que las he cortado. Fíjate, fíjate, fíjate si corto el rosal. Fíjate.

NIETO 2.- Que no pasa nada.

ABUELA.- Ya no valgo para nada, para nada, para nada. Fíjate, si no estáis aquí corto los rosales. Corto los rosales. Ay madre, madre, para nada valgo ya. Para nada.

16. EL MILAGRO  
*Jardín. Ext. Día*

UNO, DOS, TRES, CUATRO, CINCO Y SEIS

UNO.— ¿Qué pasa?

DOS.— Míralo tú. El ciruelo, que se ha vuelto loco.

UNO.— ¿Qué es eso? ¿Una manzana?

DOS.— O una ciruela que parece una manzana.

TRES.— Que eso no es una ciruela hombre, que eso es una manzana.

UNO.— Eso parece una manzana, sí.

*(Todos miran.)*

CUATRO.— Yo creo que eso es un tipo de ciruela... rara.

CINCO.— Si tiene hueso es una ciruela. Y si tiene pepitas una manzana.

SEIS.— ¿La cogemos?

DOS.— Hombre...

SEIS.— Si queremos saber si es una ciruela o una manzana habrá que cogerla.

TRES.— Sea lo que sea sería una pena cogerla verde.

SEIS.— Pues tócala a ver cómo está.

CINCO.— A mí me da cosa tocarla, yo tocarla no quiero.

DOS.— ¿Por qué?

*(CINCO se encoge de hombros.)*

CUATRO.— Antes de cogerla habría que hacerle una foto. O llamar a más gente para que la vieran, que luego no nos van a creer.

TRES.— Yo creo que esto..., cuanta menos gente lo sepa, mejor.

UNO.— Es muy raro.

CINCO.— Es una manzana muy bonita. O una ciruela muy bonita. Pero que es bonita, vaya...

DOS.— Si la cogemos, nos la comemos, ¿no? Probamos a qué sabe. Ya que la hemos cogido. Vamos, digo yo.

*(Silencio.)*

CINCO.— ¿Y si la dejamos ahí hasta que se caiga sola?

CUATRO.— A mí me da miedo que venga alguien y se la lleve.

SEIS.— ¿Quién la quiere probar primero?

TRES.— Yo.

DOS.— Y yo.

CUATRO.— La probamos todos, ¿no?

TRES.— Bueno, venga, la cogemos o ¿qué?

SEIS.— Pues cógela.

*(TRES acerca la mano a la manzana y la coge con mucho cuidado.)*

TRES.— Esto es una manzana como la copa de un pino. Y el rabito este también es de manzana.

UNO.— Ahora nadie nos creerá cuando digamos que el ciruelo dio una manzana.

TRES.— Os digo una cosa. Todo esto es mejor no contarlo.

DOS.— Al final todo se sabe.

CINCO.— Teníamos que haber llamado a D. Francisco. A ver si va ser esto un milagro.

SEIS.— ¿Un milagro? Pero tú qué dices. Esto es una malformación del ciruelo, y a tomar por culo. A ver, córtala.

*(Saca la navaja y se la pasa a TRES.)*

TRES.— ¿Y si se la enseñamos a D. Francisco primero?

SEIS.— Joder con D. Francisco, córtala, y así vemos si tiene hueso o pepitas.

CUATRO.— Córtala con respeto.

*(TRES parte la manzana en dos. Enseña las dos mitades al grupo.)*

CINCO.— Es una manzana.

CUATRO.— Pruébala.

TRES.— *(Pasándole una mitad.)* Toma.

*(CUATRO da un mordisquito muy pequeño.)*

CUATRO.— Sabe a manzana.

(TRES *la prueba también.*)

TRES.— Sabe a manzana muchísimo.

(*La van probando todos.*)

CINCO.— Está rica...

CUATRO.— Muy rica...

CINCO.— Para ser un milagro tampoco le hemos dado demasiada importancia.

SEIS.— Que esto no es un milagro, coño.

UNO.— Vamos a guardar un trozo para que lo analice un laboratorio.

DOS.— Mi trozo ya os lo podéis quedar que no lo pienso probar.

CUATRO.— Pero si has sido la primera que lo quería probar.

DOS.— He cambiado de opinión.

CUATRO.— Ojalá salga otra pronto. Pero la siguiente vez que salga, avisamos a todo el mundo. Estas cosas si no las ve más gente parece que no han pasado.

DOS.— (A TRES.) Cuando la has cogido ¿te has fijado si el rabito salía de la rama?

TRES.— Claro que salía de la rama.

DOS.— No, porque estaba pensando yo que si no la habrá pegado alguien ahí para tomarnos el pelo.

TRES.— No, no, que te digo yo que salía de la rama.

CUATRO.— Pues nada. A ver si el año que viene sale otra.

DOS.— Yo preferiría que no. Esto es mucho jaleo.

SEIS.— La verdad es que te deja una sensación como de intranquilidad.

UNO.— No sé si la teníamos que haber cogido.

CINCO.— Que sí, mujer, que así hemos salido de la duda.

TRES.— Yo pienso que si ha sido un milagro, ha sido un milagro, como para nosotros, un milagro-milagrillo, un milagrillo particular. ¿Rezamos un padre nuestro?

CUATRO.— Estas cosas son más de la Virgen, ¿no?

TRES.— Bueno, pues un Ave María.

SEIS.— Nosotros nos vamos a la taberna.

DOS.— ¿Os esperamos para cenar?

CINCO.— No lo sé.

(SEIS y CINCO *se van a la taberna.*)



TRES.— A ver. Un Ave María.

*(Las cuatro mujeres rezan un Ave María sin que entendamos las palabras. Solo llega la musiquita baja y las «eses» escapándose de los labios.)*

TODAS.— Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.

CUATRO.— Amén. Yo creo que esto no ha sido un milagro, pero por si acaso...

TRES.— Pues sí.

DOS.— Si vuelve a pasar no la cogemos tan rápido.

UNO.— Es mejor que estas cosas las vea la gente.

TRES.— Seguro que ya lo están contando en la taberna.

CUATRO.— Pues nosotros a callar, ¿no? Y si preguntan... que pregunten.

DOS.— A mí me gustaría que volviera a salir el año que viene porque se me ha quedado una sensación como de haberlo soñado.

TRES.— La verdad es que sí. Yo aún tengo el saborcito.

UNO.— Estaba riquísima.

CUATRO.— A partir de ahora cuando comamos manzana no va a ser lo mismo.

UNO.— Lo que falta ahora es que le salga una ciruela al manzano.

## 17. ABUELA JOVEN *Jardín. Ext. Día*

ABUELA Y NIETO

NIETO.— ¿Qué haces?

ABUELA.— Coger caracoles.

NIETO.— ¿Hay caracoles?

ABUELA.— Muchos. Ayúdame.

NIETO.— ¿Los vas a cocinar tú?

ABUELA.— ¿Quién, si no? ¿Has ido a misa?

NIETO.— Claro.

ABUELA.— Pues no te he visto.

NIETO.— Es que he entrado con los últimos.

ABUELA.— ¿Qué ha dicho el cura en el sermón?

NIETO.— ¿Qué?

ABUELA.— Que qué ha dicho el cura en el sermón.

NIETO.— No he ido a misa.

ABUELA.— ¿Por qué me mientes?

NIETO.— Para que no me riñas.

ABUELA.— Hay que ir a misa. Es solamente media hora. Una vez a la semana. No te cuesta nada.

NIETO.— Abuela.

ABUELA.— ¿Qué?

NIETO.— Cuéntame el cuento de Santa Casilda.

ABUELA.— Casilda era una princesa árabe muy buena que ayudaba a todo el mundo. Su padre tenía preso a un príncipe cristiano, y lo tenía metido en una cueva sin darle pan, ni agua. Casilda a escondidas le llevaba pan y agua. Para que nadie la descubriera se metía los panes en las faldas. Así. Un día que llevaba pan al príncipe, se encontró con su padre que ya sospechaba algo. Le dijo: «Casilda, hija, ¿qué llevas en las faldas?» Y Casilda, sin saber qué decir, contestó: «Flores.» Y el padre le dijo: «¿Me las dejas ver?» Entonces Casilda se desdobló las faldas y las tenía llenas de flores. Y por ese milagro Casilda es Santa Casilda.

NIETO.— ¿Por qué le hablas a las plantas?

ABUELA.— Para que crezcan.

NIETO.— ¿A los niños se les habla para que crezcan?

ABUELA.— Claro.

NIETO.— ¿Qué pasaría si una planta te hablara?

ABUELA.— Las plantas no hablan.

NIETO.— Abuela.

ABUELA.— Qué.

NIETO.— ¿Aunque no me coloque me querrás?

ABUELA.— Claro que te querré. Yo os digo que os coloquéis por vuestro bien, pero esta época ya no es la mía. Yo no sé. No sé. Os va a tocar luchar mucho. Mucho.

NIETO.— ¿Has sido feliz?

ABUELA.— Yo soy feliz cuando veo que estáis bien. ¿Por qué me preguntas esas cosas?

NIETO.— Porque nunca te las había preguntado. ¿Un día me contarás tu vida?

ABUELA.— ¿Mi vida? Mi vida no le interesa a nadie.

NIETO.— A mí sí.

ABUELA.— Pues ya te la contaré a ti.

NIETO.— ¿Cuándo?

ABUELA.— Ya veremos.

NIETO.— Esta tarde.

ABUELA.— Esta tarde. Ya veremos.

NIETO.— ¿Dónde conociste al abuelo?

ABUELA.— En Bilbao.

NIETO.— ¿Por qué?

ABUELA.— Coña, pues porque estábamos en Bilbao.

NIETO.— Ah. ¿Y dónde os casasteis?

ABUELA.— Aquí. Menuda nevada caía.

NIETO.— ¿Sí?

ABUELA.— Sí.

NIETO.— Como ibas de blanco no se te vería.

ABUELA.— (*Se ríe.*) No dices más que tonterías.

NIETO.— Esta obra te la dedico.

ABUELA.— Muchas gracias, hijo.

NIETO.— A tí, y a la tía Ger, y a la tía Guada, y la tía Isabel, y a la tía Filo, y al tío Felipe, y al tío Clemen, y a la tía Trini.

ABUELA.— Muy bien.

NIETO.— ¿Te ha gustado?

ABUELA.— Mucho. ¿Me ayudas con los caracoles o no me ayudas con los caracoles? Vete a buscar una bolsa que esta la tengo llena. Nunca paras de hablar. Todo el día hablando. Todo el día hablando.

NIETO.— No estoy todo el día hablando.

ABUELA.— Pero haces mucho el tonto.

(*La ABUELA se queda sola recogiendo caracoles. Entre dientes, tararea.*)

## 18. LA QUE GUARDA (B)

### LA QUE GUARDA

LA QUE GUARDA.— Guardo los corchos. Las gomas. Las cajas de bombones, si son bonitas. Guardo los cuchillos sin mango para remover la tierra de las macetas. Guardo los manteles. Guardo los plásticos para tapar las plantas cuando hiela. Guardo el carrito de los niños por si alguien lo necesita, y guardo las maletas para poder guardar cosas. Uno no sabe cómo le va a ir en la vida, por eso está bien guardar. No hay que ser avaricioso, eso es otra cosa. El que guarda algo tiene, y puede dar algo. Uno ve un céntimo y le parece poca cosa, pero el dinero no son más que céntimos uno encima del otro. Cuando se tiene, uno olvida de dónde viene. Uno no se puede olvidar de dónde viene. No se puede olvidar de dónde vienen sus padres y sus abuelos, y sus bisabuelos. Las cosas no salen de la nada. También guardo los botes de cristal y las tapas, para hacer conservas. Todo lo que tengo está aquí. Para que lo disfruten mis hijos, y mis nietos. No hay mayor satisfacción que poder dejar algo. Que sea más fácil para ellos. No pido más. Que para ellos sea más fácil.

FIN